

JUAN M. DURÁN RELATA SU AVENTURA REVOLUCIONARIA

CÓMO ACABÓ AL FIN LA TRÁGICA FUGA DE LOS CONVENCIONISTAS

VENCIENDO PENALIDADES SIN CUENTO, LA COLUMNA

LOGRÓ LLEGAR A SALVO A TORREÓN

Y así, el general Roque González Garza se sintió orgulloso de haber
podido llevar a su gente hasta el lugar que había deseado
el día en que salió con sus tropas de Lechería

AL LLEGAR A ZACATECAS SE VIERON EN UN

TERRITORIO DOMINADO POR EL ENEMIGO

Las fuerzas de Pánfilo Narváez se habían adherido ya al carrancismo triunfante,
pero quizá por una mera condescendencia,
los expedicionarios pudieron seguir hasta Torreón

UNA HAZAÑA DE RODOLFO FIERRO EN TEOCALTICHE, JALISCO

Se apoderó del maíz que había en una casa; el dueño de éste se hallaba
ausente y él derribó la puerta, con un madero

CUANDO LLEGARON A LA CIUDAD DE TORREÓN, SE SINTIERON SEGUROS

CAPÍTULO V Y ÚLTIMO

Pero no hubo necesidad de dar el “Viva la División del Norte”. La fatiga pintada en el rostro, el uniforme, el sombrero texano, había identificado a uno y otro grupo. Ambos eran villistas.

Todos se agruparon para comunicarse noticias; pero los recién aparecidos no sabían más que los que seguían a Guichenne y a Durán. Nadie sabía qué rumbo había tomado el grueso de la columna después de haber cruzado el pueblo de Pénjamo.

Los extraviados, antes de continuar la marcha resolvieron descender unas cuantas horas en la barranca en cuyo borde se encontraban. Con gran dificultad llegaron los villistas a la parte más honda de la barranca. La vegetación era exuberante; la tranquilidad pasmosa. ¡Qué bien se podía estar ahí un par de horas, esperando que la luz plena del día 3 de agosto iluminara el sendero que habían de seguir en su aventura!

No fueron dos, sino más de cinco horas las que, bajo los árboles corpulentos y tirados sobre la hierba todavía húmeda por el rocío, pasaron los villistas en aquel lugar. El descanso dio nuevos bríos y fue necesario reemprender la marcha, dejando pronto lugar tan amable.

Pero si la bajada al fondo de la barranca había sido fácil, no así el ascenso. Fue escogida una vereda estrecha cubierta por ambos lados por una espesa vegetación a fin de cubrirse de cualquier sorpresa del enemigo que pudiera aparecer en la parte alta.

Y no solamente la vereda estrecha dificultaba la ascensión: era también el miedo. El miedo se había apoderado de no pocos soldados. De cada matorral, creían ver salir un carrancista; y detenían su marcha; ahuecaban la palma de la mano y se la ponían al oído. Cuando estaban seguros de que no había enemigo al frente, seguían la ascensión.

—*No tengan miedo, muchachos, que al que le toca le toca, aunque se tire de barriga*—decía, sonriendo alegremente a los soldados, Guichenne.

Después de una hora, las huestes villistas se encontraban de nuevo en la parte alta, opuesta a la que habían llegado en las primeras del día. Todos buscaron en el horizonte alguna noticia; o enemigo o amigos. No la había ni de uno ni de otro.

Descubrieron un camino y resolvieron seguirle con la esperanza de que los llevara a donde podrían tener alguna esperanza.

UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Pronto llegaron a un ranchito, oculto tras de una loma. El ranchito lo componían varios jacales, abandonados en su mayoría. Los pocos habitantes aparecieron poco a poco; eran indígenas semidesnudos, quienes dijeron no haber visto pasar a otros humanos por esos rumbos desde hacía largo tiempo.

Sin embargo, dieron algún dato de importancia. Señalando con el índice, indicaron las veredas que podían seguirse para llegar, bien a Puruándiro, o bien a San Joaquín.

Durán y Guichennes se miraron: ¿A dónde ir? A San Joaquín o a Puruándiro? Cualquier camino era bueno. Se pidió a uno de los indígenas que sirviera de guía, a lo que accedió gustoso.

Los villistas se pusieron en marcha. El indígena, a pie, empezó a trotar por una vereda. Pero era difícil seguirle: la vereda ascendía y los caballos a duras penas podían caminar, máxime que el suelo era desigual y pedregoso. Las monturas se resbalaban hasta las ancas del animal y los jinetes tenían que asirse a las crines.

Como el indígena no había recibido órdenes a dónde había de conducirlos, se limitó a llevarlos hasta una alta meseta desde donde podía contemplarse un hermoso y enorme valle.

Desde la cumbre fueron descubiertos varios caminos, pero ningún descubrimiento fue tan agradable como el de ver cómo, a unos cuantos kilómetros de distancia, se movía lentamente una columna de caballería.

—*¡Son los nuestros!* —exclamó Durán, entusiasmado.

REINCORPORADOS

La columna caminaba en desorden completo. Esta era una prueba de que eran los restos, o, cuando menos, una parte de la columna expedicionaria. Los villistas iniciaron el descenso por el lado opuesto del cerro y, llenos de satisfacción, marcharon a unirse al resto de la columna.

Bien pronto alcanzaron al grueso de los expedicionarios y pudieron tener informes de lo que había pasado. Pero la más agradable noticia fue que hacía pocas horas que el general Roque González Garza, acompañado de varios ayudantes, se había adelantado a sus fuerzas para ponerse a la vanguardia.

El convencionismo

Con la seguridad de que el enemigo no los perseguía, los amigos del grupo que durante la noche había corrido una seria aventura, resolvieron descansar otras horas a la orilla del camino. Se disponían a continuar la marcha, cuando pasó el doctor Cerisola. Fue grande el gusto de todos.

Reincorporados a la columna, las dos horas de marcha hasta llegar a un rancho fueron de alegría. Al llegar al rancho, el doctor se vió en la necesidad de intervenir en un conflicto suscitado por los soldados villistas, quienes se habían arrojado sobre el granero y sobre los víveres que habían encontrado a su paso. Los dueños del rancho, un par de viejos, hacían esfuerzos desesperados por evitar el saqueo, y al ver llegar a los oficiales, pidieron que se les hiciera justicia.

—*En estos momentos les haré justicia* —les contestó el doctor Cerisola, añadiendo—: *A ver, viejecitos, díganme, ¿cuánto vale lo que han tomado y sigan tomando los muchachos?*

—*¡Uy, señor, en más de mil pesos, señor!* —exclamaron los propietarios.

—*Pues no se aflijan, en este momento los dejo contentos* —les aseguró el médico.

“Vale por \$2,000 en mercancías que serán pagados en la Ciudad de México al portador, por víveres facilitados a la División del Norte”.

Los propietarios del rancho leyeron el documento; lo releyeron y, llenos de agradecimiento, dieron las gracias.

—*¡Tomen todo lo que quieran, muchachos!* —dijeron los viejos, dirigiéndose a los soldados, al mismo tiempo que hacían que los oficiales echaran pie a tierra para obsequiarlos en sus casas con leche fresca, tortillas, frijoles y carne.

¡Y A CORRER, MUCHACHOS!

¡Lástima que no fue posible hacer los honores completos al banquete! Varios soldados, a carrera tendida, llegaron al rancho, gritando:

—*¡Ahí vienen! Ahí vienen los carrancistas!*

El pánico se apoderó de todos. Los soldados corrían en todas direcciones. Los que habían desensillado, montaban en pelo y emprendían la carrera; los que habían dejado entrar a sus caballos a la milpa, los buscaban desesperadamente. Unos cuantos minutos fueron suficientes para que los villistas abandonaran el rancho en donde quedaba la pareja de viejecitos, teniendo en sus manos temblorosas el vale de los dos mil pesos.

Aunque los carrancistas no aparecían por la espalda, nadie quería hacer alto. Cuantos más kilómetros devoraban los caballos al trote y galope, más seguridad para los jinetes. Fue un correr casi como el que había empezado el día primero en las márgenes de la laguna de Yuriria.

Al caer la tarde, después de varias horas de correr sin escuchar ni los gritos de desafío de los carrancistas, ni el silbar de las balas, la mayoría empezó a sentirse tranquila. Fue mayor la tranquilidad, cuando desde la parte alta de una loma se pudo distinguir, a no lejana distancia, un poblado.

—*Es San Pedro Piedra Gorda* —dijo alguien.

—*¡Vamos!* —contestaron todos a coro.

Y los villistas llegaron al pueblo. Pero ahí había órdenes: era necesario continuar hasta una hacienda cercana, donde había acampado el grueso de la columna. A las siete de la noche, los villistas se hallaban en el casco de la hacienda. En un salón largo y húmedo, fue instalado el dormitorio.

Como los carrancistas no se habían dejado ver durante todo el día, y como ya no había quien hablara de la proximidad del enemigo, sin pensar en alimentos, los convencionistas se tiraron al suelo.

¡Hermosa noche fue aquella! ¡Ni ruidos, ni sobresaltos, ni toques de botasilla, ni gritos de mando, ni temores de tener que echar otra carrera!

—*De aquí a Torreón, ni quien nos moleste; ya estamos en terrenos nuestros!* —afirmaban los optimistas.

TEDIOSA CAMINATA

Y por vez primera en muchos días, la columna fue debidamente organizada. Empezó la marcha del 4 de agosto.

Durante doce horas fue un caminar lento, tedioso. Ya no había el temor a los perseguidores y, ¡quién lo habría de decir!, el cansancio era mayor. El afán de conservar la vida vencía toda fatiga; la monotonía de la marcha sólo hacía pensar en la incomodidad de la cabalgadura, cuyos pasos se contaban. Se medía con la vista la distancia y, ¡qué desesperación se sentía de tener que llegar hasta la parte más alta de la sierra que se dibujaba en el horizonte azulado!

La jornada del día terminó en plena sierra del estado de Guanajuato, y soldados y oficiales se pusieron en busca del mejor sitio para pasar la noche, y después se lanzaron en pos de alimentos.

El convencionismo

Los soldados que acompañaban a Durán, Cerisola y Guichenne se perdieron en el bosque para volver al cabo de poco tiempo, provistos de un carnero, que pronto perdió la vida y se le vio humeante sobre unas brasas.

El doctor instaló inmediatamente su hospital de sangre. Eran muchos los hombres que descubrían sus heridas. Algunos tenían dos o tres o más perforaciones en el cuerpo; no se quejaban y comentaban alegremente la carrera que habían tenido que dar, aportándose las heridas. A uno, una bala expansiva le había hecho pedazos los dedos de la mano izquierda; pero así, había tenido alientos para correr y para llegar a un arroyo, donde después de haberse lavado, de un tirón se había arrancado los dedos despedazados. ¡Con qué frialdad contaba su dolor el pobre soldado!

—*¡Esta es la guerra, doctor, ésta es la guerra!* —decía el infeliz, apretando los dientes mientras que el doctor Cerisola le curaba la herida.

¡UNA BUENA MESA Y SOBREMESA!

Cuando el doctor Cerisola terminó su labor, se reunió a sus amigos para disfrutar del carnero y de una gallina asada que inesperadamente había sacado de su morral una mujer.

Terminada la cena, y por vez primera desde la salida de Tula, hubo sobremesa. Mientras unos contaron los momentos terribles de la persecución, otros refirieron anécdotas y José Agüeros hizo olvidar las cosas de la guerra hablando de las riquezas de la sierra de Guanajuato, que al día siguiente había que cruzar de punta a punta.

La conversación se fue agotando y cada quien buscó su rincón para dormir. Empezaba a lloviznar; pero una llovizna era ya un problema de último orden para quienes habían pasado días y horas tan amargos.

A las cinco de la mañana los villistas estaban listos para la marcha: había que cruzar la sierra de Guanajuato, donde no habría que luchar contra el enemigo ordinario —el carrancista—, pero se tenía que vencer a otro más feroz: el hambre.

Horas enteras de caminar por la sierra sin encontrar alimento alguno. Pájaros sin cuento, árboles arrogantes, enredaderas cubiertas de olorosas flores, y nada más para aquellos cientos de hombres que no podían conformarse tan sólo con el paisaje sin igual.

Por fin, a las cuatro de la tarde, la columna había pasado el lomo de la sierra y un verde valle se extendía ante la vista. Ahí terminaban los límites del estado de Guanajuato y los villistas pisaban territorio de Jalisco. Durante ocho días, los villistas habían recorrido el estado de Guanajuato en zig-zag.

¡En ocho días habían tenido tres combates: Jerécuaro, Valle de Santiago y Pénjamo!

Amargos recuerdos quedaban atrás. ¡Quizás el estado de Jalisco los recibiría más amablemente!

EN SAN JULIÁN, JALISCO

La travesía del valle se hizo casi corriendo, no porque la columna expedicionaria villista sintiera la proximidad de las fuerzas carrancistas, sino porque a no muy larga distancia se descubría un pueblo donde había que pernoctar.

A las cinco de la tarde del 5 de agosto de 1915, los convencionistas entraron a San Julián, Jalisco.

Mientras que la mayoría de los jefes entraron al pueblo, el general Roque González Garza y sus ayudantes permanecieron en un corral. El general en jefe, según parece, trataba así de evitar los atropellos que cometían los generales Reyes y Fierro en cada pueblo a donde llegaban.

Doce horas de descanso tuvieron los villistas en San Julián. A las seis de la mañana del día 6, de nuevo en marcha. Todo el día se caminó. Fue un subir y bajar lomas y atravesar llanos áridos durante toda la jornada hasta llegar a Jalostotitlán.

El pueblo parecía abandonado por sus habitantes. Todas las casas estaban cerradas; era inútil llamar a sus puertas y soldados y oficiales paseaban de arriba abajo sin poder encontrar quien les vendiera un pedazo de pan. No había dónde albergar a la tropa y se hizo necesario usar las banquetas de piedra para tirarse a dormir.

Pero pronto fue abandonado Jalostotitlán y en la tarde del día 7, después de una jornada de doce horas, los villistas entraron a Teocaltiche. Este pueblo se les mostró más amable. Las tiendas permanecieron abiertas; los generales se instalaron en el Palacio Municipal. En la tarde hubo serenata en la plaza, y el boticario del pueblo puso a disposición del doctor Cerisola el hospital de la población —en el que no había camas, ni botiquín, ni enfermos.

El convencionismo

González Garza fue hospedado en una casa particular y un grupo de vecinos le ofreció una cena formal en su honor –la primera desde su salida de la Ciudad de México–, de la que participaron gustosamente los oficiales de su Estado Mayor.

UNA HAZAÑA DE FIERRO

Pero si los vecinos de Teocaltiche se había mostrado amables en extremo con soldados y oficiales, proporcionando cuanto tenían a su alcance, no se habían portado lo mismo con la caballada.

Apenas en el pueblo, los generales Reyes y Fierro llamaron a las puertas de los principales vecinos pidiendo maíz para los caballos. No había quien quisiera proporcionarlo; todos se quejaban de que las últimas cosechas habían sido malas y que no había sido posible almacenar grano alguno.

Sin embargo, no faltó quien informara al general Fierro que uno de los más ricos vecinos de Teocaltiche tenía un verdadero granero y a él se dirigió el general. Pero el propietario estaba ausente de la población. Fierro no desistió de sus propósitos. Pidió un madero y sin permitir que nadie le ayudara en la tarea, empezó a dar brutales golpes a la puerta, hasta derribarla.

Triunfalmente entró el general en la casa y pocos minutos después salió sonriente y llevando un costal de maíz al hombro.

EN AGUASCALIENTES

En las primeras horas del día 8, la columna reemprendió la marcha, para emplear la mañana en ascender la sierra de Aguascalientes, enorme y abrupta serranía en la que había necesidad de ir paso a paso y uno tras de otro.

Al mediodía, las fuerzas revolucionarias, fatigadas en extremo, se encontraban en la parte más alta de la sierra. Pernoctaron ahí y en la madrugada del 9 se inició el descenso hasta llegar al pueblo de Calvillo, donde solamente se detuvieron unos cuantos minutos para seguir hasta la hacienda La Labor.

A la entrada de la hacienda, a donde los expedicionarios llegaron a las ocho y media de la noche, y a la orilla de un arroyo se encontraba acampado el ex presidente de la República.

El toque de botasilla a las cuatro de la mañana del día 10 puso en movimiento al campamento y a poco la columna empezó a moverse hacia el norte, hasta llegar a Tayahua, en cuyas afueras ya había instalado su campamento el general González Garza.

Al llegar a Tayahua, el general en jefe indicó a sus oficiales que podían descansar tranquilamente, ya que se había resuelto pasar ahí todo un día, para continuar el camino hasta en la madrugada del día 12.

La permanencia en Tayahua reanimó a la gente. El día de descanso fue aprovechado por soldados y oficiales para tomar un baño en el arroyo, mientras que los generales, sombríos todos, cambiaban impresiones. Todavía faltaban muchos kilómetros que recorrer y aunque llegando a territorio de Zacatecas se creía que ya se estaba en territorio dominado por el villismo, no faltaba quien dudara de la actitud del general Pánfilo Natera.

En la madrugada del día 12, conforme se había ordenado, los villistas se pusieron en marcha hasta llegar a Villanueva, a las seis de la tarde.

RENACE LA TRANQUILIDAD

En Villanueva, los villistas fueron recibidos amablemente por los vecinos, mientras que González Garza hablaba por teléfono a Jerez, donde se encontraban fuerzas del general Natera. El comandante de Jerez se puso a las órdenes del jefe de la columna expedicionaria, y la tranquilidad renació en todos los ánimos.

Al siguiente día, los villistas entraron a Jerez, encontrándose con gente amiga, pero ahí se supo que el general Natera mantenía una actitud sospechosa y que de un momento a otro podría pasarse al campo carrancista.

Ante estos informes, en las primeras horas del día 14, los convencionistas dejaron Jerez y a las cuatro de la tarde llegaron a la hacienda Santa Rosa, en cuya huerta se instalaron González Garza y sus ayudantes.

La jornada del 15, entre Santa Rosa y la hacienda de Rancho Grande, fue una de las más pesadas. Sol y polvo durante el día. Ni una gota de agua y una falta completa de alimentos. A las nueve de la noche entraron los convencionistas a Rancho Grande, después de caminar más de dieciocho horas.

Al salir de la hacienda en la madrugada del 16, el general en jefe hizo saber a sus ayudantes la necesidad de que se abandonara la impedimenta y que

El convencionismo

se evitara que quedara gente rezagada. Desde Jerez, González Garza había recibido informes de que el general Natera se había pasado al enemigo; pero había sido guardada la noticia para no causar desmoralización entre la gente. La situación desde ese momento volvía a ser tan delicada como la travesía del estado de Guanajuato, y quizás más delicada porque los convencionistas no tenían ya parque para combatir.

El general Reyes, con el grueso de la columna, se adelantó a fin de evitar un encuentro con los nateristas y a la retaguardia solamente quedaba González Garza con un reducido número de soldados.

De Rancho Grande, se siguió hasta la hacienda Tetilla, donde los que habían llegado primero estaban alarmados por la suerte de la retaguardia, toda vez que se había tenido conocimiento de la proximidad del enemigo, sabiéndose que la vanguardia de Canuto Reyes había tenido un encuentro horas antes.

Tras un descanso de varias horas en Tetilla, la columna prosiguió su marcha, llegando a la hacienda San Agustín de Melilla, a las cuatro de la tarde del día 17. La mayor parte de los habitantes era víctima de la viruela negra y los villistas, temerosos del contagio, optaron por pernoctar a campo raso y a buena distancia del poblado.

El 19 en la tarde, los expedicionarios, después de una jornada bien larga, llegaron a San Francisco de Agua Nueva, Durango, donde supieron que el general González Garza y el grueso de la columna habían pasado por ahí cerca del mediodía y que posiblemente se encontraran ya en San Juan de Guadalupe. Había que alcanzar al general en jefe; en la madrugada, la retaguardia se puso en movimiento, llegando a San Juan al mediodía.

A TORREÓN

Pero tampoco en San Juan estaba González Garza, habiendo dejado un aviso a sus oficiales de que siguieran a la mayor brevedad hasta la estación Simón, donde un tren especial los esperaba para llevarlos hasta Torreón.

—*¡Torreón! ¡Torreón, al fin!* —exclamaron todos, llenos de júbilo.

Y a las diez de la mañana del día 20 de agosto, los últimos hombres de la columna que había salido desde la Ciudad de México se encontraban en estación Simón, esperando el tren para cubrir la última parte de la jornada.

José C. Valadés

A la una de la tarde estaba embarcando el último soldado en el tren.

—¡A Torreón! — gritaron todos, llenos de satisfacción.

Los carrancistas habían quedado atrás.

Cuarenta días terribles, durante los cuales se jugó la vida minuto a minuto, abriéndose paso desesperadamente entre el enemigo no solamente superior en número, isino también victoriosos en Celaya y León!

Pero al fin, el general Roque González Garza, ex presidente de la República, podía sentirse orgulloso de haber llevado a su gente hasta donde había deseado el día que la columna abandonó la hacienda de Lechería a las puertas de la Ciudad de México.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 22 de enero de 1933, año xx, núm. 345.